

lain y la política agresiva y molesta tan del gusto de éste, por la aceptación de inteligencias internacionales y la cordialidad de relaciones que tras por consecuencia, ha tenido nueva y ostentosa manifestación en las recientes visitas de éste a Lisboa, Roma y París.

Triste excepción en excursión tan significativa, nuestro país ha sido la única potencia mediterránea del Occidente de Europa, donde el soberano inglés, que pasó algunos días a nuestras puertas, no llegó a entrar. Queremos creer que no ha habido en esta omisión otra cosa que el proverbial abandono que, en cuanto afecta a las relaciones internacionales, nos distingue, y en el que el Gobierno del señor Silveira, a pesar de los discursos con que en la oposición sabe encarecer el presidente del Consejo la necesidad de una política exterior, ha ido más allá que ninguno de sus predecesores.

Es realmente sensible que en los momentos en que arde la guerra civil en Marruecos, cuando por efecto de la anarquía que reina en aquel impropriadamente llamado Imperio, ve todo el mundo la posibilidad de que se precipite la solución del problema que tan directamente nos afecta, nos las arreglemos de manera tal, que mientras Inglaterra, factor importantísimo, estrecha su intimidad con Italia y hace pública manifestación de gran cordialidad con Francia, es decir, con las dos grandes potencias que más directamente intervienen en la cuestión mediterránea, sea España la que aparezca como «cantidad négligable», cuya hostilidad ó cuya amistad no merecen apenas fijar la atención de los poderosos, seguros como están de que no ha de alterar sensiblemente los términos del problema.

La negociación para una inteligencia entre Francia é Inglaterra en Marruecos, que el verano último planteó nuestra vecina por medio de su embajador en Londres, y que Inglaterra aceptó en principio, si bien atenciones más urgentes, entre otras el conflicto venezolano, le obligaron á interrumpirla, parece que ahora va adelante, y por consiguiente, que el principio único mantenido por nuestros Gobiernos en la política exterior, ó sea que el problema de Marruecos no podía resolverse sin contar con España, está camino de sufrir, si no ha sufrido ya, la más completa repulsa.

La visita de Eduardo VII á M. Loubet, y los términos de extraordinaria cordialidad en que aparecen redactados los brindis del soberano inglés y del presidente de la República francesa, demuestran que por fortuna para la paz del mundo, los temores que el incidente de Fashoda había suscitado se han borrado completamente, sustituyendo una amistad que el propio monarca británico ha querido proclamar personalmente en París, á los recelos é inquietudes de aquellos días.

Pero al mismo tiempo que celebramos tan grato suceso, séanos permitido expresar el temor de que nada bueno augura para nuestra situación internacional el aislamiento en que ahora hemos aparecido ante la gran comunidad de las naciones europeas.

CUENTOS ESCOGIDOS

EL JURAMENTO

I

La ocasión era propicia. El diablo le favorecía dándole medios de acercarse á aquella mujer que de soltera fué su novia y de casada su empeño. Poquito que se alegraba él de que la guerra hubiese estallado y que por ello la madre Patria reclamara á sus hijos todo su valor y todo su esfuerzo. El estaba libre de todo temor; la falta de la mano izquierda que perdió efecto de una terrible puñalada, le salvaba de ir á combatir junto á los buenos y le permitía que

darse en el pueblo cerca de aquella que constituía para él una obsesión, pero no porque la amara, no, sino por satisfacer su amor propio, por seguir ostentando con orgullo el título de *guapo* y de *matón* con que todos le designaban. Por eso, cuando llegó la nueva de que la situación de la guerra había empeorado y que España reclamaba á los suyos la obligación de empuñar el fusil para defenderla, sintió una alegría feroz, y á sus labios asomó una sonrisa satánica de triunfo al enterarse de que Pablo, el marido de Marieta, iba á salir para Valencia reclamado por su antiguo regimiento.

El fué el primero en acudir á su lado cubierto por la asquerosa máscara de la hipocresía á manifestarle su sentimiento, á brindar con él porque triunfara regresase pronto sano y salvo en busca de los seres para él más queridos: su padre, un ancianito que apenas si podía con el peso de los años, su mujer y su hijo, que entonces empezaba á balbucear el nombre de su madre.

Aquella tarde debía partir Pablo en unión de otros mozos, para dirigirse á la capital. El pueblo en masa acudió á despedirles, á darles un abrazo, quizás el último, á ver marchar carretera adelante aquel grupo de hombres que marchaban en busca de la muerte con la sonrisa de los mártires retratada en el semblante y la alegre copia en sus labios.

Ya estaba libre el campo; ya podía el *guapo* hacer de las suyas, empezar su conquista; sólo le quedaba un estorbo, el padre de Pablo, pero ¡ah! quien se cuidaba de él, un pobre viejo que ni aún vivía con su nuera. Todo le favorecía; hasta la situación topográfica de la casa que se halla enclavada en el monte aunque á corta distancia del pueblo.

II

Aún resonaban en el oído del Sr. Pedro las últimas palabras que Pablo pronunció momentos antes de darle el abrazo de despedida; el juramento que le hizo para que llevara tranquilo el ánimo y el corazón: «Júreme usted, padre, que velará por ella, que la defenderá si alguien la ofende, pero que la castigará sin piedad si me falta», le dijo con voz que velaba la emoción y él lo juró seguro de que no tendría necesidad de poner en práctica su promesa.

Confía en la honradez de Marieta, en el cariño que profesaba á su marido, en que sabría conservar sin mancha su nombre hasta entonces por todos respetado.

Pero aquel despego que Marieta le demostraba le hicieron sospechar que quizás fuera debido á otra causa que á lo manifestado por ella: el hastío que la producía estar separada de su Pablo.

Pensaba y pensaba sin tregua el señor Pedro, pero todas las ideas las rechazaba por absurdas, por inverosímiles; ¡cómo era posible que olvidara tan pronto la fe jurada ante Dios y ante el mundo!

Por sí ó por no se propuso indagar que hubiera de cierto en sus sospechas. Buseó y... tuvo la certidumbre de que Marieta faltaba á sus deberes; sin embargo, le faltaba una prueba concluyente, y aunque con el alma destrozada, se propuso obtenerla.

Faltaba una hora para que amaneciera, cuando el viejo se hallaba frente á la casita del monte oculto por un gran matorral; minutos después — una blasfemia se escapaba de sus labios; en la puerta de la casa había aparecido Antonio, el *guapo*, el *matón*, que rápido se deslizó por entre los árboles, en tanto que en el cerebro del señor Pedro entablaba ruda batalla, planes y planes de venganza; vengía ahora una para ser después avasallado por otro, más terrible, más sangriento. Después con paso que se encaminó á su casa...

Durante todo el día no salió de ella con gran sorpresa de sus contemporá-

neos, que reunidos en la plaza jugaban á las cartas.

¡Pobre anciano! ¡Qué golpe para su vejez! En entablada porfia se presentaba ante su vista el infame saliendo de aquella casa que había deshonrado, y su hijo en el momento en que partió; en su oído vibraba el juramento que prestó: «Vete tranquilo, hijo mío; tu padre la defenderá si alguien la ofende; pero la castigará sin piedad si, lo que no es creíble, te falta».

So pretexto de que no se encontraba bien, mandó en busca de su nieto para que pasara la noche con él; mas apenas esta cerró y aquel quedóse dormido, Pedro se encaminó á ejecutar el castigo de los infames tal y como su calenturienta imaginación se lo había sugerido.

Primero convenció de que la pareja estaba dentro de la casa, después, y durante más de dos horas, con un vigor impropio en él acarreo leña del monte y la hicieron alredecor de aquella rociándola con petróleo que á prevención llevó en un frasco y, una vez hecho esto, aplicó por los cuatro costados del endeble edificio una mecha encendida, y precipitadamente se perdió en las sombras de la noche.

La alarma cundió por el pueblo cual una centella. La casita de Pablo se había quemado; sólo quedaban de ella un montón de humeantes escombros. Todos comentaban lo provincial que resultaba el caso de que al señor Pedro se le hubiera ocurrido la noche anterior llevarse con él á su nieto. En tanto que el infeliz padre murmuraba, al tiempo que una lágrima corría por su rugosa tez:

—Si la Virgen me lo devuelve, él aprobará mi conducta, estoy seguro. El incendio pasará á los ojos de todos como una desgracia, mas no como un castigo.

MANUEL MARTÍN CARRASCAL

Notas agrícolas.

Los políticos y los problemas agrícolas.

En la Memoria publicada por la Junta consultiva agrónómica sobre estadística agrícola, y correspondiente al pasado año de 1902, encontramos motivos de satisfacción y de confianza en las energías de nuestro país.

Si á pesar de la indiferencia de los Gobiernos, que sólo se preocupan de las minucias políticas, el país trabaja y prospera.

Es el único camino. Los ilustres retóricos que nos rigen nada entienden de los problemas agrícolas é industriales, en cuya acertada resolución se asienta nuestra prosperidad.

A trabajar, pues, con fe. Que cada uno aporte su esfuerzo individual á la obra común, y no esperemos nada de la incompetencia de nuestros hombres públicos, entendidos abogados casi todos, para los cuales es completamente desconocido todo lo que no se relacione con el Foro.

Extensión y rendimiento del cultivo.

Lo primero que se cita á la vista en la estadística antes dicha es el crecimiento de la extensión y rendimiento del cultivo cereal, alterado más ó menos regularmente con el cultivo de algunas leguminosas.

A 1.808.311.950 pesetas asciende el valor medio anual de tales cosechas. Y si á tan respetable cifra se llega con las prácticas antiguas y rutinarias y arcaicos procedimientos, ¡qué no cabe esperar si éstos se modifican, si el labrador entra de lleno en el cultivo intensivo?

Por otra parte, la producción total de estas cosechas en el pasado año se acerca bastante á la cifra representativa del consumo. Un esfuerzo más y podremos considerarnos como país exportador.

El cultivo arbusativo del olivo también acusa aumento respetable, pues mientras que en 1900 el número de hectáreas cultivadas era sólo de 1.153.817, en 1901 ascienden á 1.266.863, resultando un aumento de 113.046 hectáreas, que representan, por término medio, una diferencia en más de 1.304.448 hectólitros.

Y si á esto se añade el innegable progreso en la fabricación del aceite, cabe esperar que 136 millones de pesetas, en que se estima la producción media anual del aceite, sufrirá considerable aumento.

De otros cultivos no menos importantes pensábamos ocuparnos, pero la materia es sobrado extensa para encerrarla en un solo artículo.

Mejoramiento de la patata.

El buen rendimiento de una cosecha, tanto depende del esmerado cultivo y riqueza del terreno, como de la acertada elección de las semillas ó parte del vegetal que haga sus veces.

En el reino vegetal como en el animal, se transmiten por herencia las cualidades de las plantas, y claro es que una acertada selección de las que han de servir para la siembra acrecentará el rendimiento de las sucesivas cosechas.

Y la importancia de tales consideraciones sube de punto si se refieren, como en el caso presente, al tubérculo por excelencia, base de la alimentación del pobre, á la patata.

Para conseguir el mejoramiento sucesivo de la producción, es conveniente elegir en cada cosecha las plantas de mayor desarrollo herbáceo, las que nacieron antes y alcanzaron mayor altura y más frondosidad, y guardar para la siembra los tubérculos de esas matas que no sean excesivamente grandes ni exageradamente pequeños.

Siguiendo durante varios años esta práctica, se verá aumentar y mejorar la producción de tan preciado alimento, que, además, hoy constituye la primera materia de una de las más importantes industrias, como es la de producción alcohólica.

Fomento del arbolado.

En el Boletín de la Granja de la Coruña encontramos la siguiente noticia:

«La Legación italiana de Munich, en la Memoria que anualmente dirige á su Gobierno, hace constar el aumento que en el arbolado de las calles de Baviera van teniendo los árboles frutales.

En las principales poblaciones abundan los perales, manzanos y nogales, cuyos árboles, además de hermosear sus paseos, proporcionan un considerable ingreso á las arcas municipales.

La guardería del arbolado importa anualmente unos 276 francos por árbol, y como se obtiene un rendimiento del fruto de 9'30, por término medio, resulta un beneficio líquido anual por árbol de 6'12 francos, que importan 1.202.663 francos próximamente.

La cifra, como se ve, es respetable, y el ejemplo digno de imitación.

Las Órdenes Religiosas en Francia.

Protesta solemne

He aquí la que han publicado los Superiores de las Congregaciones religiosas de Francia.

«Con fecha 1.º de Julio de 1901, una ley votada por ambas cámaras y acompañada de una disposición del presidente del Consejo, invitaba á las Congregaciones existentes á someter al Parlamento una solicitud de autorización y á facilitar todas las listas, estados y documentos que pudiesen permitir al Parlamento resolver con conocimiento de causa sobre cada una de las solicitudes presentadas.

Varias Congregaciones creyeron que era más conveniente para ellas disolverse en el plazo de tres meses, concedido por la ley; las más confiando en la invitación que se les hacía y contando con la declaración formal del Sr. Presidente del Consejo, de que una solicitud, aunque procediese de Asociaciones que se aprovechaban de una situación particular, les ponía al abrigo de toda suerte de peligros; presentaron esta solicitud en la forma y tiempo fijados en la ley.

A pesar de los valerosos esfuerzos y de los convincentes argumentos de nuestros amigos y de todos los amigos de la libertad, la Cámara de los Diputados se ha negado á discutir las solicitudes presentadas por las Congregaciones religiosas de varones.

Sólo nos resta dirigir á la opinión pública una defensa que sus representantes no han querido escuchar.

Hemos sido llevados á la barra en el Parlamento, llamado á resolver sobre la